



mérica Latina vive nuevos tiempos, de esperanzas y desafíos de cambio, y también de riesgos y amenazas. La prolongación y agudización de la crisis económica que atraviesa a buena parte de la región desde fines de los '90 y los reiterados intentos del *establishment* internacional y local de imponer como pretendida salida a la misma nuevas medidas de ajuste estructural se enfrentan con un creciente rechazo social. Esta transformación de la debacle económica en crisis de legitimidad del propio régimen neoliberal impuesto en casi toda la región a principios de la pasada década –que ya señaláramos como tendencia en números anteriores– es hoy una realidad inocultable en muchos de nuestros países. En los últimos meses las demandas de cambio hicieron sentir su voz en el terreno político-electoral: la contundente victoria del PT en las elecciones brasileñas, los sorprendentes resultados obtenidos por la coalición social que acompañó la candidatura de Lucio Gutiérrez en las elecciones presidenciales del Ecuador y, en Bolivia, la notable prueba de fuerza que brindara Evo Morales, son otros tantos hitos que marcan el itinerario continental de la decadencia política del neoliberalismo. El reverso de esta medalla, que sin embargo apunta en la misma dirección, lo ejemplifican el acelerado deterioro del gobierno de Alejandro Toledo en el Perú, la protesta social y la crisis política abierta particularmente en Argentina y luego en Uruguay y Paraguay, y la creciente insatisfacción popular que se pone de manifiesto en Chile. Si bien es preciso evitar caer en un ingenuo optimismo, y más allá de la particular consideración que merezcan cada uno de estos procesos, sería un craso error subestimar el nuevo escenario que se está afirmando con fuerza en toda la región. Un escenario que recupera el futuro como posibilidad de construcción colectiva desde abajo y no como la eterna reiteración de las fracasadas recetas administradas desde hace muchos años por los tecnócratas del neoliberalismo. Esta naciente etapa señala también el derrumbe práctico de las mistificaciones e ilusiones que acompañaran al proyecto neoliberal y su incumplida promesa de promover la prosperidad general y, asimismo, encierra para el pensamiento crítico el desafío de analizar y comprender cabalmente la complejidad de estos procesos para contribuir a la identificación de los proyectos e instrumentos capaces de ofrecer alternativas de salida efectivas a la crisis que enfrentan nuestros países.

Estas esperanzas de transformación social se enfrentan con la estrategia de guerra y militarización de la cuestión social que promueven hoy las élites neoliberales, y que acaba de encontrar su expresión más refinada y abarcativa en la nueva doctrina estratégica de los Estados Unidos recientemente oficializada por el presidente George W. Bush. La violencia aparece en dicha elaboración como el recurso más idóneo para sostener un modelo en vías de descomposición. El sostenimiento del mismo, lo que supone que quiere profundizar, el proceso de concentración del ingreso y la riqueza, requiere cada vez de mayores dosis de autoritarismo y violencia estatal y paraestatal. En vez de combatir a la pobreza y la injusticia social que la genera, se criminaliza la figura de los que luchan por sus derechos más elementales. Tiene razón Noam Chomsky cuando caracteriza la fase actual del neoliberalismo como una guerra contra los pueblos.

Este nuevo escenario que irrumpe en la región se afirma en las experiencias de lucha y de movilización popular forjadas en los últimos años y en el crecimiento sostenido de la protesta social en Latinoamérica. En el registro de la conflictividad que desarrollamos desde el OSAL –y del que regularmente hemos dado cuenta en la revista– puede apreciarse con claridad este proceso. Si entre mayo de 2000 y abril de 2001 el promedio mensual de protestas era de 268 registros, a partir de mayo de 2001 (hasta agosto de 2002) dicho promedio casi se duplica, alcanzando a 533 conflictos mensuales. Ciertamente el crecimiento de la conflictividad social no

se restringe simplemente a una cuestión cuantitativa. Desde que el levantamiento zapatista de 1994 conmoviera el aparentemente estable firmamento neoliberal, un sinnúmero de protestas sociales han dado cuenta de intensos y nuevos procesos de organización y movilización popular. El surgimiento de movimientos sociales caracterizados por distintas formas de lucha, de organización, de liderazgos y de programáticas, permite advertir la formulación de alternativas novedosas y diferentes de las que se conocieran en el pasado inmediato.

En las páginas de esta revista hemos tratado de reflejar la riqueza contenida en estas experiencias y debates –contando para ello con la colaboración de investigadores y científicos sociales de la región– e intentado avanzar también en la comprensión de la nueva configuración social y las perspectivas que signan las prácticas de estos movimientos.

En este sentido, para el segundo cuatrimestre de este año, la polarización social y la agudización de la crisis económica se han reflejado en la extensión y afirmación de procesos de convergencia social a nivel nacional, regional e internacional. Se comprueba por ello la gravitación adquirida por inéditos procesos de articulación unitaria y de confluencia, bajo formas multisectoriales y socialmente diversas, de distintos sectores y clases sociales que lograron, en algunos casos, evidenciar una renovada capacidad para incidir efectivamente en el rumbo de las distintas coyunturas.

Es por eso que dedicamos el dossier central de este número a las experiencias de lucha contra las privatizaciones que, en el último cuatrimestre, recorrieron el sur del Perú y Paraguay. Para tratar este tema contamos con la colaboración de Jaime Coronado Del Valle y Carlos Leyton Muñoz para el caso peruano; y de Marielle Palau, Quintín Riquelme, Dania Pilz y Verónica Villalba para Paraguay.

Más allá de las diferencias históricas y socioeconómicas que pueden señalarse entre ambos países, en los dos casos nos encontramos con movimientos sociales que forjaron su experiencia reciente al calor de confrontaciones inscriptas en el marco de la crisis y transiciones políticas, tal como lo fue el ciclo que marcó el derrocamiento del régimen de Alberto Fujimori en el Perú y la movilización social que acompañó la caída del gobierno de Raúl Cubas Grau en Paraguay.

Pero la “batalla de Arequipa” librada en los meses de mayo y junio, así como las movilizaciones y cortes de ruta que conmovieron a Paraguay a lo largo de los meses de abril, mayo y junio, presentan otras similitudes significativas. En primer lugar, por el carácter estratégico que tenían estas ofensivas privatizadoras en la estrategia neoliberal de presunta salida a la crisis actual ensayadas por Lima y Asunción. En segundo lugar, porque estas iniciativas gubernamentales fueron exitosamente rechazadas por una creciente movilización popular que consiguió bloquear estas políticas con la consiguiente conmoción o crisis de los gobiernos y los regímenes que las impulsaban. Y en tercer lugar porque las experiencias de articulación social que promovieron y constituyeron estas luchas –el Frente Amplio Cívico de Arequipa y el Congreso Democrático del Pueblo en Paraguay– dan cuenta tanto del surgimiento y/o consolidación de espacios de convergencia social que referíamos anteriormente, como de su demostrada eficacia política. En esta perspectiva los artículos que integran el dossier abordan estas experiencias echando luz sobre su historia, evolución y características. Asimismo acompañamos a continuación sendos documentos que enriquecen los análisis planteados.

Por otra parte, en el artículo que introduce la lectura de las cronologías del conflicto social para 19 países de la región intentamos presentar una visión más amplia de la protesta so-

cial del período. Además de analizar la evolución de la protesta a nivel regional y por país, y referir a los sujetos sociales que la encarnan y a las principales acciones acontecidas a lo largo de este segundo cuatrimestre del año, hacemos especial hincapié en dos cuestiones. La primera remite a las experiencias de coordinación y convergencias a nivel nacional y regional que, como mencionamos anteriormente, parecen haber adquirido una importancia significativa en este período. Y, en segundo lugar, intentamos presentar un análisis de lo que ya en números anteriores designáramos como “neoliberalismo armado,” en referencia a la estrategia impulsada por el gobierno norteamericano y las élites neoliberales locales de militarización social como respuesta al creciente rechazo de sus políticas.

En el caso de los artículos que acompañan cada una de las regiones en las que ordenamos las cronologías, presentamos tres análisis de los acontecimientos más importantes. En primer lugar Daniel Olesker examina las raíces y la evolución de la crisis económica en Uruguay, señalando el patrón distributivo regresivo impuesto por las políticas ortodoxas como causa de fondo de la misma. A partir de allí y del señalamiento del crecimiento de la movilización social en dicho país, el autor analiza las experiencias desarrolladas por el PIT-CNT, la FUCVAM, el movimiento estudiantil y la llamada “Concertación para el crecimiento”.

A continuación, Manuel De La Fuente reflexiona sobre las últimas elecciones presidenciales y parlamentarias en Bolivia, a la luz de la insurgencia del movimiento campesino-indígena cristalizada particularmente en la experiencia del MAS y la candidatura de Evo Morales. A partir de un análisis de la significación del nuevo mapa electoral, el autor señala la matriz histórica y derrotero de las diferentes agrupaciones, deteniéndose en la articulación construida entre el movimiento campesino y la intervención política.

Finalmente, Hannia Franceschi, Ciska Raventós y Adriana Zamora analizan con detalle la conflictividad social desplegada en lo que va del año en Costa Rica. A este respecto señalan y describen, entre otras cuestiones, el surgimiento de una coordinación sectorial alrededor de la cuestión fiscal y el presupuesto estatal.

Por último, en la sección de debates teóricos incluimos los textos de Pablo González Casanova y John Bellamy Foster. Dichos textos prolongan, en cierta medida, un debate reflejado en números anteriores alrededor de las características que adoptan hoy los modelos de dominación a nivel nacional e internacional y, frente a ello, los caminos emancipatorios que se plantean, discusión particularmente relevante alrededor del papel y naturaleza del Estado-nación y sus implicancias en términos de la construcción de las alternativas superadoras de la crisis actual.

A partir de las experiencias de los movimientos sociales contemporáneos y recogiendo aportes de distintivos intelectuales del pensamiento crítico, Pablo González Casanova plantea la cuestión de la democracia –entendida como efectivo autogobierno y autonomía– como un elemento central en la construcción de las alternativas al neoliberalismo, en la articulación de la liberación y el socialismo, y en la postulación de un camino emancipatorio que redefine y cuestione lo que correctamente califica como “la vieja antinomia entre reforma o revolución”. Por su parte, John Bellamy Foster, partiendo de un análisis crítico de las concepciones formuladas por Michael Hardt y Antonio Negri en *Imperio*, contrapone a las mismas las reflexiones de István Mészáros desarrolladas en su último libro *Socialismo o Barbarie*, en el cual recupera la noción de contradicción como immanente a la lógica capitalista para cuestionar la pretendida universalidad y armonía de intereses proclamada por los ideólogos de la globalización.